

Elogio de la madrastra (1988)

Liturgia del placer

Betty Soto Fernández

Lo erótico consiste en dotar al acto sexual de un decorado, añadirle una dimensión artística.

Me adentré en el libro de un salto y casi me sentí como una voyerista experimentada. Tal vez sea mi carácter hedonista o mi fuerte estrechez al límite lo que, desde siempre, me ha hecho admirar este tipo de literatura, razón por la que no vacilé un instante para escru- tarlo con pasión. Debo confesar que en algún momento pensé encontrarme con imágenes más fuertes y directas; luego comprendí la eterna confusión entre el erotismo y la por- nografía. Pues, como señaló Mario Vargas Llosa, alguna vez: "la frontera entre ambas, sólo puede definirse en términos estéticos".

La historia nos presenta a don Rigoberto y doña Lucrecia, un matrimonio limeño de cla- se media, cuya convivencia es el epíteto de la pasión y de la perfección. El sexo es el gan- cho infranqueable que los une, y las manías escrupulosas de don Rigoberto son la sus- tancia necesaria para sus fervores de alcoba. En medio de esta pareja, asoma la figura del "rubicundo querubín", como es llamado tan- tas veces a lo largo de la novela el pequeño hijo de don Rigoberto: Fonchito; una criatura que encarna la ambigüedad del deseo. Por un lado una asombrosa ternura que embe- lesa a los habitantes de la casa, sobre todo a Lucrecia, su madrastra; por otro lado, un fuego chispeante escondido tras esos ojos azules que denotan inocencia; refugiado en una edad lejos del alcance de los placeres del cuerpo, pero en la cual los deseos van aflorando. Y que contagia a la edad en que se dice que todas las mujeres empiezan a vivir o a gozar más de la cuenta: los cuarenta años de Lucrecia.



Este feliz trío familiar va encaramándose en las fantasías de uno y otro. Don Rigoberto, para quien el sexo es casi una religión, elabo- ra como preámbulo una ceremonia que debe limpiar su cuerpo de cualquier impureza que afecte su ceremonia. Por ello, cada día de la semana lo dedica por completo a una sola parte de este, desde las orejas que permiten escuchar los crujidos de la cama o los gemi- dos de su diosa, hasta la boca que recorre zigzagueante los rinconcitos de Lucrecia. Sí, vale la pena la limpieza, por eso para él, "El cuarto de baño era su templo; el lavador, el ara de los sacrificios; él era el sumo sacer- dote y estaba celebrando la misa que cada noche lo purificaba y redimía de la vida", para

finalmente ir, inmaculado, a recibir la hostia donde reposaba no el cuerpo de Cristo sino el cuerpo de Lucrecia.

Ella, por su parte, es una mujer que vive con plenitud y disfruta cada momento de su vida, y por supuesto, del sexo. Sus cuarenta años no la alejan del placer, por el contrario, son una ventana que la insta a la búsqueda del goce sin miramientos. Y es Fonchito, con esa carita de ángel y ese coqueteo disfrazado de fragilidad, quien va penetrando en su cabeza como la imagen viva de un Judas arrepentido que pide ser arrullado; una fantasía prohibida que ella no rechaza en experimentar, y que tampoco desmedra el amor que siente por su esposo; es más, hace que su ímpetu sexual siga por lo alto. O como ella misma se lo declamaría en las tantas quimeras pasionales que acusan la mente de don Rigoberto:

Esa soy yo, esclavo y amo, tu ofrenda. Abierta en canal como una tórtola por el cuchillo del amor. Rajada y latiendo, yo. Lenta masturbación, yo. Chorro de almíbar, yo. Dédalo y sensación, yo. Ovario mágico, semen, sangre y rocío del amanecer: yo. Ésa es mi cara para ti, a la hora de los sentidos. Esa soy yo cuando, por ti, me saca la piel de diario y de días feriados. Esa será mi alma, tal vez. Tuya de ti.

Es fundamental en la novela, la estructura en que está enmarcada, pues es lo que le da dinámica de ritmo y que imposibilita la redundancia del tema erótico. Los capítulos pares nos relatan la convivencia de la pareja, sus rutinas amorosas y la inclusión entre tibia y

caliente del pequeño en el relato, mientras que los capítulos impares exponen las ilusiones que van tejiéndose en la cabeza de don Rigoberto respecto de los devaneos de Lucrecia; lo que convierte estos capítulos en la soga narrativa que usa Vargas Llosa para atraparnos en la escena erótica; inmiscuyéndonos poco a poco en el mundo de los placeres concupiscentes.

Queda claro, entonces, que la estética es la pieza que rige este libro, pues a través de ella, se deja caer el torrente artístico del erotismo, con ayuda de distintos elementos, como las referencias pictóricas con tintes eróticos a las que alude con una historia en particular; y sobre todo, con el lenguaje, el cual se convierte en una suerte de pincel fino que va dibujando cada letra, cada palabra y cada oración para converger definitivamente en el sentido pasional que tiene el relato. Aquí Vargas Llosa deleita con su prosa cargada de imágenes y descripciones que acentúan el voyerismo del lector, con el fin de que sigamos junto a los personajes cada emoción y deleite que puede llegar a inflamarnos la mente de ensueños.

Una hermosa pintura de Francis Bacon da pie a una ilusión en la que —refugiado en la majestuosa figura del rey de Lidia— don Rigoberto va pregonando la elegancia y excelencia de la grupa de su mujer, “No trasero, ni culo, ni nalgas, ni posaderas, sino grupa”; palabra que califica la parte trasera y elevada de las caballerías, porque Lucrecia para él, es una “yegua musculosa” que denota una sensualidad animalesca que lo colma de dicha.

Otra pintura, tal vez no hermosa en el sentido convencional, pero sí perturbable, es la de un ser monstruoso, con un cuerpo deforme y mutilado por causas que el mismo desconoce y que no le importa recabar. Pues aún conserva en su masa de piel, lo más preciado de su vida: "Mi sexo está intacto" dice orgulloso, y aquí el lenguaje va desplegándose en medio de una apología sobre la sexualidad y el desprendimiento del cuerpo; tratando el sexo como materia incandescente, en la cual el clímax ya no reconoce cuerpo alguno, mucho menos fealdades sino puras sensaciones:

Me gusta fornicar y en, cierto sentido, diría que soy un voluptuoso [...] las mujeres llegan a amarme, incluso, y los chicos a enviarse con mi fealdad. En el fondo de su alma, a la bella le fascinó siempre la bestia, como lo recuerdan tantas fantasías y mitologías, y es raro que en el corazón de un apuesto joven no anide algo perverso.

Como denotan y connotan las referencias pictóricas, imagen y narrativa condensan la idea del erotismo. Pues el lenguaje no es solo un artificio para fines estéticos, sino también para desbrochar la ligadura errónea que exis-

te entre lo explícito del sexo y lo implícito de los sentidos; pequeños detalles que no son tan grotescos como pensamos; por ejemplo, una erección que puede ser dibujada en lenguaje:

Un segundo antes de que el cuarto de baño quedara a oscuras, advirtió en uno de los espejos del tocador que sus emociones y devaneos habían trocado ya su humanidad en una silueta beligerante, en un perfil que tenía algo del animal maravilloso de las mitologías medievales: el unicornio.

Finalmente, esta novela nos muestra que hoy en el siglo XXI el erotismo en la literatura debe sobrepasar límites más difíciles, pues ya no existe la censura cucufata del siglo XVIII, ni se debe apelar solo al refinamiento que se prodigaba el siglo XIX; ahora más bien, el erotismo debe diferenciarse de esa escena tan exageradamente real en la que se ha convertido el disfrute del sexo, bien lo dice Vargas Llosa: "Hoy escribir un libro erótico es mucho más difícil que en el pasado porque ya no es la censura lo que hay que flanquear, sino el escollo de la banalidad y el estereotipo".